

Identidad y Representación: Reflexiones sobre la Región como Comunidad y Poder

Eduardo Andión

Durante mucho tiempo se cruzaron los mares sin cartas de navegación. Bastaba un saber sensual formado en y por los sentidos: aguas más verdes o más azules, rugosidades superficiales o lisuras de las corrientes marinas, orientación a "simple vista" por el sol o las estrellas más brillantes. Y nunca este "simple" suena tan impertinente en las escalas tan pequeñas en que ahora reconocemos, "sabemos" el espacio, el territorio, el sistema solar. La escala pequeña al reducir, arrasa los cuerpos, los paisajes, los olores. Y nunca el espacio miniaturizado se ha articulado tan perfectamente bien con la geometrización del poder. Ya los medios de comunicación al hacer los contactos instantáneos miniaturizan y reducen las distancias o al menos, las hacen percibir incluso como inexistentes (efecto del admirador y su "estrella" favorita) distancias sociales, distancias geográficas, pero también distancias económicas, redes de transporte y circulación de mercancías que jerarquizan los recorridos y establecen puntos de concentración. La inmediatez, la transparencia, la fluidez al contactar son la búsqueda de la pequeña escala macroscópica, en detrimento de los trayectos y sus olores, de los paisajes y murmullos de la gran escala microscópica. Una búsqueda de comunidad que independiente en su inicio de un juego de poder, finaliza por facilitar su ejercicio. Es decir quienes se encuentran en los puntos nodales de la red estarán mejor situados que los otros. Una infraestructura de

comunicación que diferencia y distingue los espacios, que otorga a algunas localizaciones ventajas sobre otras. Relaciones desiguales, de influencia, de poder. Articulación y delimitación del espacio en áreas, cuya finalidad será menos científica que facilitadora del control de población. Y si bien antes importaba la dimensión geográfica en la economía del poder, la reducción que realizan los medios al elaborar un “sobre-espacio” facilita la unanimidad o la constitución de una identidad personal fundada en la elección individual (si —según Paul Claval— “en las sociedades tradicionales las culturas aparecen como elementos que trascienden a los individuos y son difícilmente modificables . . . En la fase del consumo cultural las personas tratan de integrarse a la cultura de su elección, y es a este fenómeno al que habría que atribuir el éxito del resurgimiento de las adhesiones regionales”, y también, añadido, en las adhesiones musicales, juveniles, etc., y en la sensación de la posibilidad absoluta de elección, de libertad e incluso de la impertinencia de las fronteras en una especie de internacionalismo de sentido común, cercano en ese sentido, al transnacionalismo capitalista, al confundir acentramiento por descentramiento. Por otro lado una diferencia o identidad que se haga absoluta y radical, terminaría por quedar excluida de la comunicación, fatalmente prisionera de sí misma, idéntica, intraducible, incomunicada, incomunicable. Es aquí cuando se comprende que la identidad no se constituye sino en relación, de relaciones de poder, de establecer la diferencia, la identidad legítima, cuya resultante, el prestigio (regional, nacional, sexual, juvenil, etc.), adquiere todo su poder y valor fundado en la geometría jerárquica de un sistema simbólico de intercambio como hecho de relaciones, que varía según el espacio considerado, según la historia de constitución social de ese espacio, de los antagonismos sociales, económicos, políticos que se han encarnado, territorializado, simbolizado, en los cuerpos, en las regiones, en los emblemas. Percibidos en las infinitas y mínimas valoraciones que realizamos en la vida cotidiana, la gran escala microscópica.

Y sin embargo lo visible parece desaparecer, el saber práctico de los sentidos ha quedado en ruinas, vestigios y residuos. Al decir de Michel Serres, el triunfo del verbo escrito (y en sus consecuencias digital-puntual añadido) fue una catástrofe perceptiva. La realidad se define desde la geometría del “sobre-espacio” administrativo, desde la pequeña escala que sólo ve puntos y no paisajes, centros y no trayectos, digital y no analógico.

Este rodeo tenía la intención de “centrar” la reflexión en torno

a la historicidad misma de nuestros instrumentos de conocimiento, hacer aparecer como arbitrario el carácter indiscutible de las nociones como la de región, que desde su carga de ternura disparan los automatismos de la negación como valor (“si se opone al Centro es bueno”) o bien que obliteran la génesis social del concepto y del conjunto de representaciones que lo configuran, originadas desde espacios diversos, con historias de luchas distintas (estereotipos regionales conformados en los campos del cine y la literatura costumbrista o bien la idea de región como individualidad espacio-social originada desde los distintos campos intelectuales de historiadores, geógrafos, politólogos, etc.). Presupuestos e implícitos que se encuentran encanados en los usos espontáneos que hacemos del concepto y que impiden observar, por ejemplo, que los escritores regionalistas y sus temáticas variarían en relación a las transformaciones del campo literario nacional y del acceso diferencial de las clases sociales al sistema escolar. Lo mismo para la proliferación diferencial por regiones más o menos urbanas, modernos de cineclubes según se transforme la distribución de los medios simbólicos para apropiarse distinguidamente de una práctica (a cuál clase social no le es suficiente ir al cine y pasar un buen rato, sino que además esta asistencia le da prestigio; y lo mismo vale para las lecturas renovadas y descubrimientos de películas, actores y directores del cine comercial pasados por alto por la crítica ortodoxa, y soplarse películas de El Santo, sin emocionarse por los peligros, sino esperar, trémulo, la clase de cine para exhibir su sensibilidad al “kitsch” y soltar un discurso sobre la intertextualidad y los géneros populares, sino la clase social que tiene la posibilidad de hacerse, en la universidad, de los medios para realizar tales lecturas y establecerlas como legítimas).

Lo que quiero decir, es que, en la lucha por instaurar una visión del mundo, no hacemos más que otra di-visión del mundo. ¿Cómo introducir el concepto de región en las reflexiones teóricas de la comunicación y una vez “comunicalizado”, hacerlo valer frente a campos y saberes más poderosos, más legítimos (político administrativo, económico, e incluso el saber común)?

El sentimiento de la falta de autoridad de nuestro saber comunicológico no puede hacernos caer en la ilusión sólo para adquirir legitimidad contemporánea de que ahora sí estamos en la vanguardia de la modernidad, hoy que se habla tanto de informática y cibernética, cuando todo pasa ya por el otro lado, es decir, del lado de la informática y de la cibernética y no del lado de la comunicación social. Dentro de nuestra reflexión —o lucha por anexarnos una región

en el espacio científico y político ocupado por otros saberes— habrá que incluir la relación social y la distancia que guardamos con el momento de las políticas gubernamentales de equipamiento de regiones y descentralización o desconcentración (y esto último una división, una frontera en pugna).

Y si esto puede estar sucediendo en la lógica de la ciencia y de la política, por qué olvidar lo que sucede en la lógica de la práctica cuando observamos la manipulación que se puede realizar sobre los rasgos “étnicos”, culturales o regionales (que pasan también por los nombres de calles y colonias: NACONDESA, NACARTE, NACA-HUALCOYOTL). “Categoremas del sentido común, emblemas o estigmas” como las llama Pierre Bourdieu.

La búsqueda de criterios “objetivos” de la identidad regional no debe hacernos olvidar que en la práctica social estos criterios (ciertamente objetivos: lengua, acento, piel, etc.), son objeto de representaciones mentales (actos de apreciación, percepción, conocimiento y reconocimiento), y objeto de representaciones objetales (en cosas, insignias, banderas, vestimenta) o en actos y estrategias interesadas, de manipulación simbólica que buscan determinar la representación que los otros pueden hacerse de esas propiedades y sus portadores.

Siendo estas luchas por la identidad (regional, cultural, sexual) casos particulares de las luchas de clasificación social o más bien, luchas por el monopolio del poder de hacer-ver, de hacer-crear, de hacer-conocer y reconocer, de imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y por ello de hacer y deshacer grupos: en tanto que los fundamentos de la división producen el sentido y el consenso sobre la identidad y la unidad del grupo. La región, de hecho, es una división, el decreto de una discontinuidad (del espacio, de la edad, de los sexos) el trazo, la separación autorizada de interior y un exterior, la definición de límites conocidos y reconocidos.

Y si estos recortes son arbitrarios —en lo que tienen de originados por un acto de autoridad— lo son en tanto resultados de un estado de un estado anterior de luchas, de relaciones de fuerza. A fin de cuentas lo que registramos en el momento actual no es sino un estado de la lucha histórica de las clasificaciones, un estado de las relaciones de fuerza simbólicas y materiales entre los agentes comprometidos con tal o cual modo de clasificación, invocando a la autoridad universitaria o científica para “darle” la razón, realidad y legitimidad al recorte arbitrario que se pretende imponer.

Por lo anterior es que podemos decir que el discurso regionalista

llega a ser un discurso performativo; es un acto de categorización (un hacer público, acusar) que instituye una realidad usando el poder de revelación y construcción que implica la objetivación en el discurso. Y es en esa medida que una "política de cultura regional" preferida por una autoridad reconocida terminaría por hacerse conocer y reconocer como regional; aunque sin agotarse en este reconocimiento de la autoridad de quien lo enuncia, se depende también del grado en que el discurso que anuncia al grupo su identidad esté fundado en "objetividades" del grupo al que se dirige. (Caso de un desajuste típico: pasar música folklórica sudamericana en radios rurales siguiendo el argumento: "eres una clase revolucionaria, es propio de la clase revolucionaria fundar su identidad en la escucha de música de contenido revolucionario o cuando menos de origen o porvenir revolucionario").

El poder sobre un grupo que se intenta hacer existir como grupo estará inseparablemente ligado al poder de hacer que el grupo tenga principios de visión y división comunes, para que se mantenga una visión única de la propia identidad y se sostenga una visión idéntica de su unidad.

No se trata de desmitificar haciendo mistificaciones por la puerta trasera, sino establecer que nosotros los comunicólogos y comunicadores (vestigio de la oposición y luchas teoría-práctica) también estamos en el juego de la legitimación de ciertas categorías de di-visión del mundo y que para tener una visión conjunta de la realidad hay que incluirnos como detentadores de un poder —débil quizá— de definición. Las luchas por la identidad cultural, regional o comunicológica serán casos particulares de las luchas simbólicas y tendrán por objetivo la conservación de la transformación de las relaciones de fuerza simbólica y de sus beneficios tanto económicos como simbólicos. Una lucha por los criterios de evaluación legítima de la identidad social y tanto más feroz por cuanto que lo que se pone en juego es el valor de la propia persona que es el de su identidad social

Una lucha débil cuando se realiza en la vida cotidiana aislada e individual y que obliga a la resignada o incluso protestada aceptación de la identidad impuesta por el otro o a la asimilación que disimula sus estigmas de origen de clase o regionales; más potente cuando colectiva subvierte las relaciones de fuerzas simbólicas y revierte los valores de los signos que constituyen la estigmatización, en un esfuerzo por liberar y autonomizar el poder de establecer las propias categorías de definición del mundo social y la propia identidad.

De esta forma no se conquista o reconquista una identidad sino que se reapropia colectivamente el poder sobre los principios de construcción y evaluación de la propia identidad, que el dominado concede en beneficio del dominante cuando acepta negarse o renegarse para hacerse reconocer y en tanto el mercado de la producción de bienes simbólicos tiene la tendencia a la universalización y unificación en la diferencia legítima, ya que para existir socialmente no hay que ser solamente diferente sino serlo legítimamente o cuando menos tener la posibilidad de garantizarlo política y oficialmente, y esto no es sino la base de la dominación de una negación de una identidad por otra.

No es una lucha que pueda verse reducida a la pura pasión. El combate tiene que incluir la actual relocalización de lo regional y lo nacional que prefiere la instauración de polos-centros secundarios en la mundialización de la economía y su transnacionalización. Dislocación del poder que puede ser oportunidad de liberar el vínculo de identidad reactiva. Incluirse también en la escala local en tanto que no todos los agentes que están en la región mantienen la misma relación de poder con respecto a los polos dominantes de los distintos campos en su dimensión nacional y por lo tanto la propensión a la transformación o conservación de estos agentes variará en relación a las trayectorias y las expectativas de las clases en el modo específico de su relación y composición con el mercado de valor regional/nacional. (Por ejemplo: cuando la eficacia de la escolarización como factor de movilidad decrece se favorecerían disposiciones anti-institucionales y antiestatales y harían de la principal clientela de esta estrategia la nueva pequeña burguesía, se negara a ser gestionadora de la dominación y se acercaría más fuertemente a la reivindicación y participación de los poderes locales en un cálculo entre expectativas y maximización de los beneficios simbólicos o materiales, elegir entre las posibilidades de perder en un mercado muy monopolizado y otros todavía abiertos como los regionales).

Y estas luchas y clases de luchas, sus trayectos y sus desvíos podrán quizá hacérsela ver la realidad sin ilusiones, siendo el conocimiento de la necesidad el trampolín de la libertad. Los intelectuales y su trabajo simbólico, su posición en la lucha de los campos y estructura de clases podría contribuir a la transformación colectiva de la representación colectiva y lo que ésta aporta a la transformación de la realidad.

“¡Qué fácil decir: encontrarse a sí mismo!, cómo nos asusta-

mos cuando esto ocurre de verdad”.

ELIAS CANETTI

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA Y COMENTADA

Para algunos interesados en el desarrollo de estas nociones y su consiguiente apropiación se pueden consultar los siguientes textos:

BOURDIEU, Pierre: *La Distiction* 1979 Edit. Minuit.

(No hay traducciones legítimas, sólo mimeos y traducciones muy ilegítimas).

CLAVAL, Paul: *Espacio y Poder* FCE.

(Análisis geométrico muy interesante).

GOFFMAN, Erving: *Estigma*. Amorrortu.

(Riguroso, imaginativo y tierno).

SAVATER, Fernando: *La Tarea del Héroe*. Taurus.

(Sobre todo el Cap. 4o. Egoísmo contra identidad y la 3a. parte del Convicir).

DEBRAY, Régis: *Crítica de la Razón Política*. Cátedra.

(Iconoclasta y hereje post-marxismo).

PEREYRA, Carlos: *El Sujeto y la Historia*. Alianza.

(Más ortodoxo y honesto en sus riesgos).

DESCOMES, Vincent: *Lo mismo y lo Otro*. Cátedra.

(Acercamiento al pensamiento francés de la alteridad). d).

DUMONT, Louis: *Homo Aequalis*. Taurus.

(El pensamiento económico de la igualdad y la equivalencia).

NARRATIVA:

TOURNIER, Michel: *Viernes o los Limbos del Pacífico* Monte Avila.

(Aventura solipsista).

PACHECO, José Emilio: *Los Meteoros*.

(El otro como gemelo).